

LA SEÑORA DE LEPIC

—¿Y sabe usted que lo menos tiene cien años? ¿Y sabe usted otra cosa, Honorina? Los pobres de pedir limosna son más felices que nosotros; yo soy quien lo dice.

HONORINA

—Ya que usted lo dice, lo mismo digo yo, señora Lepic.

LA CALDERA

RARAS son para Zanahoria las ocasiones en que puede mostrarse útil a su familia. Metido en un rincón, las espera al paso. Puede escuchar, sin opinión preconcebida, y, llegado el momento, salir de la sombra, y como persona reflexiva, única que conserva toda su serenidad entre gentes perturbadas por las pasiones, tomar en sus manos la dirección de las cosas.

Adivina, pues, que la señora de Lepic necesita un auxiliar inteligente y seguro. No lo ha de confesar, por cierto: tan alternativa es. Llegarán a un acuerdo tácito, y

Zanahoria obrará sin que nadie le dé ánimos, sin esperanza de recompensa.

Se decide.

Desde por la mañana hasta por la noche, una caldera cuelga de las llaves en la chimenea. En invierno se calienta allí mucha agua, se llena y se vacía a menudo, y hierve sobre un fuego abundante.

En verano sólo se emplea su agua, después de cada comida, para fregar, y en lo demás del tiempo hierve sin utilidad, con un leve silbido incesante, mientras bajo su agrietado vientre humean dos leños casi apagados.

A veces Honorina no oye el silbido. Se inclina y pone atención.

—¡Toda se ha evaporado!—dice.

Vierte un cubo de agua en la caldera, junta los leños y remueve la ceniza. Pronto vuelve a empezar el suave canturreo,

y Honorina, tranquilizada, va a ocuparse de otra cosa.

Si le dijeren:

—Honorina, ¿por qué pone usted a calentar agua que ya no le sirve? Descuelgue la caldera; apague el fuego. Echa la leña a arder como si nada costase, habiendo tantos pobres que se hielan en cuanto empieza el frío. ¡Y eso que es usted mujer económica!—sacudiría la cabeza.

Siempre ha visto una caldera colgada al extremo de las llaves.

Siempre ha oído hervir el agua, y luego que la caldera se vacía, llueva, o haga viento, o caiga el sol, ha vuelto a llenarla.

Y ya ni siquiera necesita tocar la caldera, ni aun mirarla: se la sabe de memoria. Le basta escuchar; y si la caldera se calla, echa un cubo de agua como si en-

hebrase una perla, con tal costumbre, que hasta aquí nunca ha errado un golpe.

Pero hoy lo yerra por primera vez.

Toda el agua va a caer en el fuego, y una nube de ceniza, como un animal a quien molestan y se incomoda, salta sobre Honorina, envolviéndola, ahogándola, quemándola.

Lanza un grito, estornuda y escupe, echándose atrás.

—¡Porra!—dice.—¡Cref que el diablo salía de las entrañas de la Tierra!

Pegados y escocidos los ojos, tantea con sus manos ennegrecidas la obscuridad de la chimenea.

—¡Ah! ¡Ya me lo explico!—dice estupefacta.—La caldera no está... No; a fe mfa—dice,—no me lo explico. La caldera estaba ahí hace un momento. Seguramente, porque silbaba como un flautín.

Han debido de quitarla mientras Honorina estaba vuelta de espaldas, sacudiendo por la ventana un delantal lleno de mondaduras.

Pero ¿quién?

La señora de Lepic, severa y tranquila, aparece sobre el ruedo de paja de la alcoba.

—¿Qué ruido es ése, Honorina?

—¡Ruido, ruido!—exclama Honorina.—¡Bonita estoy yo para meter ruido! A poco más, me abraso. Míreme los zuecos, la falda, las manos. Tengo salpicada de barro toda la chambra y pedacitos de carbón en los bolsillos.

LA SEÑORA DE LEPIC

Ya veo ese pantano que rebosa de la chimenea, Honorina. ¡Limpio se va a quedar todo!

HONORINA

Porque me han quitado la caldera sin avisarme. ¿La habrá cogido usted por casualidad?

LA SEÑORA DE LEPIC

Esa caldera es aquí de todos, Honorina. ¿Será necesario que yo, o el señor Lepic, o mis hijos, tengamos que pedirle a usted permiso para servirnos de ella?

HONORINA

¡Si diré tonterías, de irritada que estoy!

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Contra nosotros, o contra usted, mi buena Honorina? ¿O contra quién? No soy curiosa; pero me gustaría saberlo. Me deja usted desconcertada. So pretexto de

que ha desaparecido la caldera, me echa usted sin más ni más un cubo de agua al fuego, y, testaruda, sin confesar su torpeza, la toma con los demás; hasta conmigo. ¡Es mucho descaro, palabra!

HONORINA

¿Sabes tú dónde está mi caldera, Zanahorita mía?

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué ha de saber él, una criatura irresponsable? Deje ya la caldera. Más vale que se acuerde de lo que ayer me dijo: «El día que yo me dé cuenta de que ni siquiera puedo poner a calentar el agua, me iré yo sola, sin necesidad de que me empujen.» La verdad, yo sabía que tenía usted los ojos malos; pero no creí que su

estado fuese tan desesperado. No digo más, Honorina; póngase en mi lugar. Ya está al corriente, como yo misma, de la situación; juzgue y decida. ¡Ah! Y no se cohíba; llore. Motivo tiene.

RETICENCIA

MAMA! ¡Honorina!

Pero ¿qué más quiere Zanahoria? Todo lo va a echar a perder. Por fortuna, ante la mirada fría de la señora de Lepic, se para en seco.

¿Para qué decir a Honorina: «Honorina, he sido yo»? Nada puede salvar a la vieja. Ya no ve, ya no ve. Tanto peor. Tenga que ceder, más tarde o más temprano. Su confesión no había de servir sino para aumentarle el sufrimiento. Que se vaya y que, sin sospechar de Zanahoria, se imagine herida por el inevitable golpe de la suerte.

Y ¿para qué decir a la señora de Lepic: «Mamá, he sido yo»? ¿Para qué blasonar de una acción meritoria, mendigar una sonrisa de honor? Además de que correría cierto peligro, porque bien sabe que la señora de Lepic es capaz de desmentirle en público. Ocúpese, pues, de sus cosas, o, por mejor decir, haga como si ayudara a su madre y a Honorina a buscar la caldera.

Y en un momento en que se unen los tres para encontrarla, él es quien da muestras de más ardor. La señora de Lepic, perdido el interés, es la primera que renuncia; Honorina se resigna y se aleja hablando entre dientes, y pronto Zanahoria, que ha estado a pique de perderse por un escrúpulo, vuelve a entrar en sí mismo como en una vaina, como un instrumento de justicia que ya no es necesario.

ÁGUEDA

A Honorina la sustituye Águeda, nieta suya.

Con curiosidad observa Zanahoria a la recién llegada, que por unos días apartará de él, atrayéndola sobre sí, la atención de los Lepic.

—Águeda—dice la señora de Lepic,—se llama siempre antes de entrar; lo cual no quiere decir que hundas las puertas a puñetazos de caballería.

—Ya empezamos—dice para sus adentros Zanahoria;—pero en el almuerzo será ella.

Comen en la cocina grande. Águeda, con una servilleta en el brazo, está pronta a correr de la hornilla a la alacena, de la alacena a la mesa, porque no sabe andar despacio; prefiere jadear, con las mejillas arrebatadas.

Y habla demasiado de prisa, se ríe demasiado fuerte, tiene demasiados deseos de hacer las cosas bien.

El señor Lepic se sienta antes que todos, desdobra su servilleta, empuja el plato hacia la fuente que ve delante de sí, se pone carne, salsa, y tira del plato. Se echa de beber, y, encorvando la espalda, bajos los ojos, se alimenta con sobriedad, hoy lo mismo que los demás días, indiferente.

Cuando mudan la fuente, se reclina en la silla y mueve los muslos.

La señora de Lepic hace plato a los niños: primero a Félix, el hermano mayor,

porque el estómago se lo pide a gritos; después a Ernestina, la hermana, porque es la primera; y por último a Zanahoria, que está en una punta de la mesa.

Nunca pide más, como si le estuviera formalmente prohibido. Con su ración ha de bastarle. Si se lo ofrecen, acepta, y, sin beber, se atiborra de arroz, que no le gusta, para halagar a la señora de Lepic, único ser de la familia que le quiere mucho.

Más independientes, Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, piden ración doble, empujando, según el método del señor Lepic, su plato hacia donde está la fuente.

Pero nadie habla.

—¿Qué les pasará?—se pregunta Águeda.

No les pasa nada. Son así, y se acabó.

Ella no puede reprimir los bostezos, ya delante de uno, ya delante de otro.

El señor Lepic come despacio, como si mascara vidrio molido.

La señora de Lepic, que suele ser de comida a comida más habladora que una urraca, en la mesa se da a entender con gestos y con movimientos de cabeza.

Ernestina, la hermana, levanta los ojos al techo.

Félix, el hermano mayor, modela una miga de pan; y Zanahoria, que está sin vaso, no se preocupa más que de limpiar su plato, no excesivamente pronto, por glotonería, ni excesivamente tarde, por golosina. Para ello se entrega a los cálculos más complicados.

De pronto el señor Lepic va a llenar de agua una botella.

—Ya hubiera ido yo—dice Águeda.

O, por mejor decir, no lo dice, sino que lo piensa tan sólo. Atacada ya del mal co-

mún, torpe la lengua, no se atreve a hablar; pero, como cree haber caído en falta, redobla el cuidado.

Al señor Lepic casi no le queda pan. Lo que es ahora no ha de dejar Águeda que se le adelanten. Le vigila hasta el punto de olvidarse de los demás, y de que la señora de Lepic, con un seco: «Águeda, ¿vas a echar una rama?», la llame al orden.

—Servidora, señora—responde Águeda.

Y se multiplica, sin quitar ojo al señor Lepic. Se propone conquistarle con sus obsequios, y va a tratar de señalarse.

Ya es tiempo.

Como el señor Lepic está mascando el último bocado de pan, se precipita a la alacena y saca una rosca de cinco libras, sin empezar, para ofrecérsela, del todo feliz por haber adivinado los deseos de su señorito.

Pero el señor Lepic dobla su servilleta, se levanta de la mesa, se pone el sombrero y se va al jardín a echar un pitillo.

En cuanto acaba de almorzar, no toma bocado.

Clavada, estúpida, Águeda, con la rosca que pesa cinco libras apoyada en el vientre, parece un anuncio de cera de una fábrica de aparatos de salvamento.

EL PROGRAMA

SE ha quedado de una pieza!—dice Zanahoria en cuanto Águeda y él se encuentran solos en la cocina.—No se desanime; mayores cosas verá. Pero ¿adónde va con esas botellas?

—A la cueva, señorito Zanahoria.

ZANAHORIA

Dispense; a la cueva quien va soy yo. Desde el día en que pude bajar por la escalera, tan mala que las mujeres se escurren y están a punto de romperse la crisma, he llegado a ser el hombre de con-

fianza. Sé distinguir el lacre rojo del lacre azul.

Vendo los barriles viejos, y lo que saco es para mí, lo mismo que los pellejos de liebre, y el dinero se lo doy a mamá.

Pongámonos de acuerdo, si le parece bien, para que el uno no moleste al otro en su servicio.

Por la mañana yo abro al perro y le doy a comer su sopa. Por la noche le silbo para que venga a acostarse. Cuando se entretiene en la calle, le espero.

Además, mamá me ha prometido que iré siempre a cerrar la puerta a las gallinas.

Arranco hierbas que hay que conocer, sacudo su tierra con el pie para volver a tapar el hoyo que dejan, y se las reparto a los animales.

Para hacer ejercicio, ayudo a mi padre a serrar madera.

Remato la caza que trae viva, y usted y Ernestina, mi hermana, la despluman.

Yo abro el vientre a los pescados y los vacío, y hago estallar sus vejigas con el tacón.

Claro está que usted les quita las escamas y saca cubos de agua del pozo.

Yo ayudo a devanar las madejas de hilo.

Yo muelo el café.

Cuando el señor Lepic se quita las botas sucias, yo soy quien las saca al pasillo; pero mi hermana Ernestina no cede a nadie el derecho de llevarle las zapatillas que ella le bordó.

Yo me encargo de los recados importantes, de las correrías largas, de ir a la botica o a casa del médico.

Por su parte, usted va por el pueblo a traer el menudeo.

Pero tendrá usted que lavar dos o tres

horas diarias en el río, haga el tiempo que haga. Eso será lo más duro de su trabajo, ¡pobrecilla!; pero yo no puedo evitarlo. Sin embargo, ya trataré alguna vez, si tengo tiempo, de echarle una mano cuando tienda la ropa en el seto.

Ahora que me acuerdo: un consejo. No tienda nunca la ropa en los árboles frutales, porque el señor Lepic, de un papirotazo, la tiraría al suelo, sin hacer observación ninguna, y la señora de Lepic, por una mancha, se la volvería a hacer lavar.

Le recomiendo el calzado. Ponga mucha grasa en las botas de caza, y muy poco betún en los zapatos, porque se queman.

No se encarnice con los pantalones llenos de lodo. El señor Lepic afirma que el barro los conserva. Anda por la tierra labrada sin remangarse los pantalones. A mí me gusta más recogerme los mfs cuando

do el señor Lepic me lleva y me da el morral.

—Zanahoria— me dice,—nunca serás cazador serio.

Y la señora de Lepic agrega:

—¡Como te ensucies, me respondes con las orejas!

Es cuestión de gustos.

En suma: que no será usted muy digna de lástima. Mientras yo esté en vacaciones, nos repartiremos el trabajo; y cuando mi hermana, mi hermano y yo volvamos al colegio, no tendrá tanto. El resultado viene a ser igual.

Además, nadie le parecerá malo del todo. Pregunte a nuestros amigos: todos le jurarán que mi hermana Ernestina es de una dulzura angelical, que mi hermano Félix tiene un corazón de oro, el señor Lepic un espíritu recto, un criterio firme,

y la señora de Lepic un raro talento de cocinera. Tal vez encuentre en mí el carácter más difícil de la familia. No soy peor que los demás, en el fondo. Basta con saber cogerme el aire. Por lo demás, me hago reflexiones, me impongo correctivos; sin falsa modestia, voy mejorando, y si pone usted algo de su parte, llegaremos a vivir en buena inteligencia.

No; no vuelva a llamarme señorito; llámeme Zanahoria, como todo el mundo. Es más breve que «señor Lepic, hijo». Sólo le ruego que no me tutee, como hacía su abuela Honorina, a quien yo detestaba, porque no hacía más que humillarme.

EL CIEGO

Con la punta del bastón llama discretamente a la puerta.

LA SEÑORA DE LEPIC

—¿Qué querrá hoy ése?

EL SEÑOR LEPIC

—¿No lo sabes? Quiere sus dos reales; es su día. Déjale entrar.

La señora de Lepic, malhumorada, abre la puerta y tira del ciego por un brazo, bruscamente, de frío que hace.

—¡Buenos días a todos los presentes!
—dice el ciego.

Entra. Su bastón corre a pasos breves por las losas, como si persiguiera ratones, y tropieza con una silla. Se sienta el ciego, y tiende hacia la estufa las manos transidas.

El señor Lepic saca una moneda de dos reales y dice:

—Tome.

Ya no vuelve a ocuparse de él, y sigue leyendo el periódico.

Zanahoria está gozándola. En cuclillas junto a un rincón, mira los zuecos del ciego; se derriten, y ya en derredor empiezan a dibujarse unos regueros.

La señora de Lepic lo advierte.

—Déjeme los zuecos, anciano—le dice.

Los pone bajo la chimenea; pero ya es tarde: han dejado una laguna, y los pies

del ciego, al sentir la humedad, se levantan, primero uno, después otro, apartan la nieve embarrada, la extienden más lejos.

Con la uña, Zanahoria rasca el suelo y hace señas al agua salada para que corra en dirección suya, indicando grietas profundas.

—Si tiene ya sus dos reales—dice la señora de Lepic, sin preocuparse de que la oigan,—¿qué más quiere?

Pero el ciego habla de política, primero con timidez, luego con confianza. Cuando las palabras no acuden, agita el bastón, se quema un puño con el tubo de la chimenea, lo retira rápidamente, y, suspicaz, revuelve sus ojos, que sólo tienen clara en el fondo de sus lágrimas inagotables.

A veces el señor Lepic, al volver el periódico, dice:

—Es indudable, tío Tissier, indudable; pero ¿está usted seguro?

— ¡Que si estoy seguro! — exclama el ciego. — ¡Pues no faltaba más! ¡Buena es esa! Oiga usted, señor Lepic; verá cómo me quedé ciego.

— ¡No arranca! — dice la señora de Lepic.

En efecto: el ciego se encuentra a gusto. Relata su accidente, se estira y se derrite todo él. Tenía en las venas carámbanos que se disuelven y circulan. Creyórase que sus vestiduras y sus miembros sudan aceite. En el suelo, la laguna crece. Llega hasta Zanahoria, va a tocarle.

Él es su término.

Pronto ha de poder jugar con ella.

Entretanto la señora de Lepic inicia una maniobra hábil. Da encontrones al ciego, le suelta algún codazo, le da un pisotón, le hace retroceder, le obliga a refugiarse

entre el aparador y el armario, donde el calor no llega. El ciego, desconcertado, tantea, gesticula y sus dedos trepan como bichos. Deshollina su obscuridad. Otra vez se forman los témpanos; ya vuelve a congelarse.

Y el ciego termina su relato con voz llorona:

— Sí, amigos míos, se acabó; ya, ni ojos ni nada: negrura de horno.

Se le escapa el bastón. Eso esperaba la señora de Lepic. Se precipita, recoge el bastón y se lo entrega al ciego sin soltarlo.

Él cree que lo tiene, y no lo tiene.

Valiéndose de hábiles añagazas, le hace volver a cambiar de sitio, le devuelve los zuecos y le guía en dirección a la puerta.

Luego le da un ligero pellizco para vengarse un poco; le empuja hacia la calle,

bajo el edredón del cielo gris, que se vacía de toda su nieve, contra el viento, que gruñe lo mismo que un perro a quien hubiesen dejado fuera.

Y antes de volver a cerrar, la señora de Lepic le grita al ciego, como si fuera sordo:

—¡Hasta más ver! No pierda los dos reales. Hasta el domingo que viene, si el tiempo mejora y es usted todavía de este mundo. Sí que estaba usted en lo firme, tío Tissier: nunca sabe uno quién vive ni quién se muere. ¡Cada cual con sus penas, y Dios con todos!

EL DÍA DE AÑO NUEVO

NIEVA. Para que el día de Año Nuevo salga bien, es preciso que nieve.

La señora de Lepic ha dejado prudentemente corrido el cerrojo de la puerta del patio. Ya sacuden unos chicuelos el picaporte; llaman abajo, discretos al principio, después hostiles, a patadas, y, cansados de esperar, aléjanse a reculones, sin quitar los ojos del ventanillo por donde la señora de Lepic los espía. El ruido de sus pasos se ahoga en la nieve.

Zanahoria salta de la cama y va a lavarse, sin jabón, a la pila del jardín. Está he-

lada. Tiene que romper el hielo, y ese previo ejercicio derrama por su cuerpo un calor más sano que el de la estufa. Pero hace como si se mojase la cara; y ya que siempre le encuentran sucio, hasta cuando se atusa a conciencia, sólo quita lo de más bulto.

Listo, y a punto para la ceremonia, va a colocarse detrás de Félix, el hermano mayor, situado detrás de Ernestina, la hermana, que es la primogénita. Los tres entran en la cocina. Los señores de Lepic acaban de reunirse en ella, como quien no quiere la cosa.

Ernestina, la hermana, les da un beso y dice:

—¡Buenos días, papá! ¡Buenos días, mamá! Os deseo un feliz año, mucha salud, y la gloria celestial después de esta vida.

Félix, el hermano mayor, dice lo mismo,

muy de prisa, precipitándose para acabar, y da también sus besos.

Pero Zanahoria saca de la gorra una carta. En el sobre, cerrado, se lee: «A mis queridos padres.» Va sin señas. Un pájaro de rara especie, rico en colores, se escapa, de un vuelo, por una esquina.

Zanahoria se lo alarga a la señora de Lepic, que lo abre. Flores lozanas adornan abundantes el pliego, y tal es la puntilla que lo rodea, que la pluma de Zanahoria se ha metido más de una vez por los agujeros, salpicando la palabra contigua.

EL SEÑOR LEPIC

¿Y para mí, nada?

ZANAHORIA

Es para los dos; mamá te la deja.

EL SEÑOR LEPIC

¿De modo que quieres más a tu madre que a mí? Pues anda, regístrate, a ver si tienes en el bolsillo estos dos realitos nuevos.

ZANAHORIA

Ten un poco de paciencia; ya acaba mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Tienes estilo; pero tan mala letra, que no acierto a leer.

—Toma, papá—dice Zanahoria, obsequioso;—ahora tú.

Mientras Zanahoria, muy tieso, espera la contestación, el señor Lepic lee la carta una vez, dos veces; la examina despacio,

según costumbre suya; exclama: «¡Ah!, ¡ah!»; y la deja encima de la mesa.

De nada sirve ya, puesto que ha producido su total efecto. Ya es de todos. Cualquiera puede verla, tocarla. Ernestina, la hermana, y Félix, el hermano mayor, la cogen sucesivamente y buscan faltas de ortografía. Aquí Zanahoria ha debido de mudar de pluma: se lee mejor. Luego se la devuelven.

Él le da una vuelta, y otra, y se sonríe desgarbadamente, como si preguntara:

—¿Quién la quiere?

Por último, vuelve a guardársela en la gorra.

Reparten los aguinaldos. A Ernestina, la hermana, una muñeca tan alta como ella, más alta; y a Félix, el hermano mayor, una caja de soldados de plomo en actitud de pelear.

—Te guardo una sorpresa—dice la señora de Lepic a Zanahoria.

ZANAHORIA

¡Ah, sí!

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué es eso de «¡Ah, sí!»? Puesto que lo sabes, es inútil que te lo enseñe.

ZANAHORIA

¡Que no vea yo nunca a Dios si lo sé!

Levanta al aire una mano, grave, seguro de sí. La señora de Lepic abre el aparador. Zanahoria está sin aliento. Mete ella el brazo hasta el hombro, y lenta, misteriosa, saca, envuelta en un papel amarillado, una pipa de caramelo rojo.

Zanahoria, sin titubear, irradia alegría.

Ya sabe lo que le toca hacer. Con presteza quiere fumar en presencia de sus padres, ante las miradas envidiosas (¡pero no se puede tener de todo!) de Félix, el hermano mayor, y de Ernestina, la hermana.

Luego, cuando ha lanzado hasta el cielo una enorme bocanada, dice:

—Es buena; tira bien.